

## **Presentación Revista Anales Séptima Serie N°14/2018 – Olga Grau**

Muy buenos días

Quisiera dar las gracias a Faride Zerán por la invitación a presentar este número de la Revista Anales; eso, en lo que me toca en términos personales, pero también habría que agradecer su pasión por extender la palabra crítica y hacer sitio a la voz removedora del feminismo.

Si pensara darle un nombre a esta presentación, inventaría una pancarta imaginando que pudiera haber sido escrita por algunas de las jóvenes partícipes del movimiento estudiantil feminista. Diría algo así como: “Somos las hijas de las feministas que no pudieron hacer desaparecer”. Me refiero con ello a las luchas feministas en Chile a fines de los 70’ y en la década de los 80’ contra la brutal dictadura, para reclamar “Democracia en el país, la casa y la cama”, afirmando el principio de “lo personal es político”. Traicionadas luego, a partir de la lógica de los consensos de la transición y sus soluciones de compromiso, que lijaron el concepto de género de su punta más crítica. El presente volumen de *Anales* de la Universidad de Chile, *Mujeres insurrectas*, nos recuerda aquello en algunos de sus textos, como el de Luna Follegatti que da cuenta también de las discusiones y distanciamientos entre las feministas de los 90’ y de sus disputas entre institucionalización o autonomía.

Este extra-ordinario ejemplar se nos ofrece como una interrupción, una discontinuidad respecto de un estilo de discurso académico que deja habitualmente más bien fuera, sin exponer, sus fuerzas de producción discursiva. Este número las declara, las enuncia sin ambages, las trama en la juntura de los hilos de diversa procedencia que tienen algo en común: pensar con profundidad la experiencia de las mujeres en un mundo que nos ha sido inhóspito de maneras múltiples, con dificultades para habitarlo, desde la exclusión de las voces, los saberes, las experiencias, las negaciones de los cuerpos y sus deseos... hasta el feminicidio. En esa trama, entrará también la experiencia de la violencia que se vive desde la disidencia sexual, aspecto en el que profundiza Camila Díaz.

Alejandra Araya en la introducción al dossier de la revista dedicado a casos de feminicidio registrados en el ritmo de la Lira Popular, dossier que se comunica con el análisis sobre la violencia hacia las mujeres del texto de Soledad Rojas y Sandra Palestro, señala que este

número “es un hito en su larga historia de 175 años”. *Mujeres insurrectas* da presencia y visibilidad a un sujeto político actuante a través del tiempo y que ha emergido con fuerza y de manera masiva en la actualidad, poniendo en entredicho la estructura de poder académica y sus lógicas falocéntricas y sexistas. Durante estos últimos meses, nos hemos sentido con un menor peso de la estructura institucional sobre la espalda, hemos percibido a las universidades frágiles en su monumentalidad, soterrando persistentes violencias y exclusiones, expuestas en su debilidad. Se ha abierto una ruta de cambios para las universidades, las que han sido compelidas a hacer un desvío con relación a sus trayectos habituales y parecieran correrse los límites que impone la tradición. Faride Zerán se refiere a este movimiento estudiantil feminista, que encontró simpatía en distintos sectores de la sociedad chilena, como aquél en el que “podemos leer signos de un cambio cultural y de un movimiento que sin duda está haciendo historia”.

*Anales* N° 14, Séptima serie, en una curiosa operación con relación al tiempo, refiere a documentos, pero ella misma se constituye ya impresa en un documento histórico, no sólo por dar cuenta de un momento histórico del feminismo y del movimiento estudiantil feminista con sus correspondientes petitorios, sino por dejar sellada una promesa, señalada por su rector en el prólogo: “la Universidad de Chile se ha comprometido ahora en esta gran tarea de la causa igualitaria feminista”. El pasado inmediato, el pasado lejano, el presente en las tareas de la contingencia y el futuro inmediato, parecen converger a la posibilidad de configurar otro paisaje en nuestras relaciones con la producción y transmisión del conocimiento, fuera del androcentrismo (concepto que desarrolla María Elena Acuña en su escrito), como también a definir un horizonte de cambios en las interacciones sociales e intersubjetivas, y en aquellas relativas a la estructura institucional. La promesa rectoral pone las condiciones para un nuevo pacto que asuma la presencia de las mujeres y de quienes comparten la perspectiva feminista dentro del proceso de la transformación de la academia. *Mujeres insurrectas*, señala que el sujeto político de este cambio no son sólo las mujeres sino también quienes desafían la estructura normativa que excluye las voces de la diversidad sexual y la diversidad étnica. El nuevo pacto no se agota en la igualdad de hombres y mujeres, sino en un cambio que tome en cuenta la diversidad en todas sus manifestaciones concebidas de manera cruzada; y la condición misma del pacto requiere del ejercicio de una mirada que se constituya desde un afuera, desde una

exterioridad respecto de la estructura hegemónica actual, para verla y contravenirla. Si bien muchas autoras de los textos coinciden en afirmar el cambio cultural requerido, algunas enfatizan la envergadura de los cambios que es necesario realizar y que deben ir más allá de la ideología de género igualitaria, en definitiva de raigambre liberal, apuntando a las bases de una estructura, de un sistema que entrecruza muchas formas de exclusión y dominación. Traspasada la misma cotidianidad en la familia, la escuela, la calle, como lo señalan Loreto Rebolledo y Ximena Valdés, entre otras; vinculado tal sistema de poder a un momento neoliberal del capitalismo, como lo señalan Camila Miranda y Carlos Ruiz Encina, las dificultades hacen sentir su peso. Más precisamente, al final de cuentas, no se trataría solamente de un cambio cultural, sino contracultural, interpelándose también a la institución a pensarse más allá de sí misma, en sus relaciones con la realidad socioeconómica que efectúa la repetición de un modelo patriarcal, sexista, heteronormativo, clasista y racista.

La autoconciencia de las universidades de sus propias violencias se hace posible por las denuncias y protestas del movimiento estudiantil feminista que emplazan a la institución a erradicar la violencia sexual, a generar las condiciones para saberes incluyentes y diversos, e impulsar cambios estructurales. Ese proceso de autoconciencia institucional y personal, para muchos es desconcertante, doloroso, y del cual se quisiera tomar distancia, porque significa vivenciar una suerte de cambio de piel, de ese tejido externo que formó parte de modo embrionario de la capa constitutiva de lo más interno; es decir, de todo nuestro sistema vinculado a la sensibilidad, base de nuestras afecciones y de nuestras relaciones con el mundo. Nuestras subjetividades están impregnadas consciente e inconscientemente por un sistema de simbolizaciones que hemos procesado desde un conjunto de determinaciones existenciales, pero que podemos interrogar y modificar, realizando otras actuaciones (tomo el concepto de actuación de Butler), en esa relación que se da entre drama y política sexual.

La sección conversacional de la revista da cuenta, de manera muy rica, de los procesos subjetivos y políticos que vivieron quienes fueron partícipes del movimiento estudiantil feminista o fueron con-movidas por él. Alejandra Araya en la conversación con Emilia Schneider, Claudia Apablaza, Araceli Farías, Camila Vallejo, hacía la pregunta, entre otras, de ¿cómo llegaron al feminismo?. Sus repuestas me permiten confirmar una diferencia

conceptual que establecí hace un tiempo atrás entre tener instinto feminista y tener conciencia feminista, parafrestando una reflexión de Althusser respecto a los términos instinto de clase y conciencia de clase utilizados por el marxismo. El instinto feminista podríamos relacionarlo con las acciones espontáneas ligadas a sentires, percepciones, impresiones, que pueden vincularse a emociones muy diversas como la ira, la resistencia frente a situaciones de dominación, de violencia, de seducción invasiva, o también a la clara expresión afirmativa de un sí misma, aún a veces en medio de confusiones, miedos o dolores. Puede que en muchas niñas, jóvenes y mujeres se traduzca tal instinto en una sensibilidad de sus derechos como personas, de un sentido de autonomía, o en un cierto arrojo libertario que contraviene lo que se estima como normal. Respecto de la conciencia feminista, ésta podría definirse en función de un interés emancipatorio que requiere de un sentido político, de la experiencia que se hace *con* y *en* un colectivo. Ésta puede ir madurando progresivamente, descubriéndose y construyéndose inacabadamente a través de la profundidad del análisis que se requiere realizar sobre la experiencia de la sujeción o subordinación en que históricamente hemos sido situadas las mujeres junto a otros sujetos minorizados y puestos en la marginalidad.

Claudia Apablaza, a la pregunta de cómo llegan a ser feministas, dirá que “ha sido un proceso largo llegar a decirme a mí misma feminista, porque de cierta medida siempre lo fui, de base, desde niña todas mis lecturas eran de mujeres”, y, dice que fue haciendo para sí misma una “educación alternativa”. Su enunciado, sin embargo, puede ser problemático desde una perspectiva que no hace coincidir necesariamente mujeres con feminismo, asunto que es desarrollado en algunos enunciados de los textos de la revista. Araceli Farías dice que “es muy difícil mirar hacia atrás y encontrar el momento exacto en que esto te hizo sentido y te hizo sentir que todo lo que haga hoy, todas mis acciones, tiene que llevar eso como horizonte”. Del colegio de monjas, donde, en su decir, ocurría el “matonaje gigantesco hacia la diversidad sexual”, a la Universidad Católica, le parece que vio el machismo y la misoginia de forma más cruda en esta última. De manera reactiva se hizo feminista, al ver como la institución universitaria “pisoteaba la dignidad de la mujer de forma cotidiana y constante”. Camila Vallejos en el contexto de la revuelta dice haber hecho: “una relectura de mi pasado por la FECH, de dirigente estudiantil, de mi experiencia

en el colegio, de la universidad, del entorno y todas las formas de violencia que uno vivió y no se dio cuenta”...“no pensaba en el feminismo como una corriente teórica política”...”no se escuchaba en mi entorno de feminismo, como un movimiento político teórico”... “me declaré feminista hace pocos años. Aunque venía siéndolo desde antes”... Emilia Schneider afirma que el feminismo no es una ética que pase por lo individual, sino que es “una herramienta política y quienes somos reconocidas y nos reconocemos como feministas tenemos que adoptar esa perspectiva analítica frente a todos los conflictos sociales a los que nos enfrentamos”.

Por otra parte, en una nota a pié de página, Irma Palma cita a Arelis Uribe, quien establece una semejanza entre el movimiento estudiantil del 2011 con el del 2018. Le llama incluso, 2011 feminista. Arelis da cuenta en su reflexión de la conciencia que se despierta al evidenciarse que son muchas las que padecen un mismo problema: “esto que me pasa a mí o a quienes quiero (...) no está bien, ¿por qué tenemos que aguantarlo? ¿Seré la única a la que le molesta? Y algo sucede y la rabia se expande como diente de dragón. Cuando nos damos cuenta de que no estamos solas nos convertimos en colectivo.” (p.92).

Diríamos también que cada revuelta instala palabras infamiliares o que se han hecho tales, como en el 2011 las de “gratuidad” o la “educación como un derecho social”. La revuelta de las feministas reinstala las palabras de patriarcado, feminismo, violencia y acoso sexual, educación no sexista o educación feminista, dominio, opresión, exclusión, desigualdad. En un gesto didáctico las estudiantes acompañan la mayoría de los petitorios con glosarios, proponiendo, un “diccionario” para la comprensión de la realidad que viven las estudiantes en las instituciones. Invierten, podríamos decir, el gesto pedagógico: sus profesores, profesoras, sus autoridades deberán conocer estas palabras, deberán comprender su abc subversivo. Kemy Oyarzún insistirá en su artículo en la significación del lenguaje y en los efectos del orden simbólico en la constitución subjetiva. Los cambios que en el lenguaje se han estado operando también con un sentido feminista dan señas de una transformación que se quiere profunda al ser el lenguaje constructor de realidad.

Este número de *Anales*, será texto de consulta y de referencia sin lugar a dudas para investigaciones en la academia, también para quienes están en el mundo de la política y

también para las que no saben todavía que son feministas. Las mujeres insurrectas de ayer y de hoy dejan el lugar de víctimas pasivas y padecientes, y desnudan una voluntad política para reclamar un mundo mejor. Las artistas feministas en su práctica estética política y callejera hacen lo propio, en la búsqueda de autorepresentaciones de “cuerpos en lucha”, en los términos que utiliza Julia Antivilo en su texto.

Gracias al movimiento estudiantil, que posiciona al feminismo en el campo político de la educación (Follegati), se articula la crítica a sus durezas más espurias y se demanda su transformación. Gracias a estas mujeres insurrectas, se han movido algunas capas tectónicas que sostienen la estructura institucional académica, y tenemos el desafío junto a las estudiantes feministas y a las y los sujetos políticos vinculados a la disidencia sexual y a las discusiones antirracistas y anticlasistas, dar forma a otros andamiajes para habitar los espacios y hacer que nos pertenezcan a todas y todos de igual manera, sin violencia, dominio y exclusión. Es el talante político democrático al que invita *Mujeres insurrectas*.